

EL SANTO CRISTO DE LEZO



I

El Santuario de Lezo ha visto en su recinto á millares de peregrinos que guiados por la fé y el entusiasmo que les inspira la sagrada imágen que en aquella celebrada Basílica desde antiquísimos tiempos se venera con culto nunca interrumpido ni enfriado, se postran á sus plantas, y luego sencillos y piadosos besan aquellos benditísimos piés.

Dos veces, en corto espacio de tiempo, he tenido el inefable consuelo de sellar con ósculo de amor religioso aquellos piés sagrados, y espero tener ocasión de hacerlo nuevamente en plazo no lejano, rindiendo de este modo un pequeño tributo de cariño y respeto á aquella adorable imágen, como católico, como bascongado y como guipuzcoano.

En mis largas peregrinaciones á través de la historia patria y especialmente de la bascongada, siempre fué para mí del mayor agrado, contemplar con los ojos de la fé y del entusiasmo primero y con los de la historia más tarde, esos monumentos que la piedad, alentada por los estímulos de milagrosos sucesos y apariciones, ha levantado en diferentes épocas y lugares, llenos unos como el de Iciar y Lezo, de poesía y encanto; de sublimidad epopéica otros, como el de Aránzazu; y de belleza artística algunos, como el de Loyola. Hay en todos ellos, algo de sublime y sobrenatural que lleva la alegría al corazón del creyente, inundándolo de gozo purísimo y espiritual, que hace que el alma sacie sus ímpetus y deseos de amor, de esperanza y gratitud. Pero satisfechos y templados estos anhelos, queda todavía algo que viene á turbar aquella paz y sosiego en que parece descansar todo nuestro ser, La razón fría y serena busca los motivos de aquél culto y adoración, y pide su concurso á la historia y á la tradición, para afirmarse de su verdad.

Esto último es lo que pretendo hacer en el corto espacio que me permiten las presentes líneas, si bien advirtiéndolo que no entra en mi

ánimo hacer ahora una acabada y completa historia del santuario de Lezo, que con el favor de Dios pienso hacerla más adelante, contentándome con ofrecer algún detalle superficial y de escaso mérito, ya que quisiera aprovechar el precioso momento en que la provincia de Guipúzcoa, secundando el llamamiento que á sus hermanos y cofrades de la tercera orden han hecho los humildes hijos de San Francisco, ha acudido á este santuario.

Está situado el santuario del Santísimo Cristo de Lezo en la plaza del pueblo de este nombre. La fábrica primitiva del edificio data del siglo XVI. Ya en este tiempo era mucha la gente que venía á hacer novenas y devociones, lo que hizo que andando el tiempo y siendo Beneficiado del mismo, el célebre historiador doctor Lope de Isasti se ampliara, rematándola más tarde con una torre, bordada de ricas labores.

Rodea al santuario una verja de hierro y es su interior de una sola nave, acaso de pequeña capacidad para dar cabida á la gente devota que en días señalados acude en gran concurrencia. Hay tres altares y en el mayor la milagrosa efigie del Santo Cristo.

Acerca de su origen, vamos á trasladar la opinión más autorizada y que corre de boca en boca.

Corría el siglo XVI. Reinaba en Inglaterra en los días á que esta leyenda se refiere, el escandaloso rey Enrique VIII. Dominado el monarca por impúdicas mujeres, declaró guerra sin cuartel á la Iglesia Católica que le avisaba de sus extravíos. No hizo caso el emperador de aquellas saludables advertencias y montado en cólera, oprimía al catolicismo, en tanto que apoyaba á la reforma. Consecuencia de esto fueron las leyes que dió proscribiendo el culto de las imágenes.

A esta época, hace subir la tradición piadosa la aparición del Santo Cristo. He aquí ahora cómo sucedió.

Ocupábanse dos hermanas, á orillas del mar, en la labor de recoger algas y mariscos. De pronto, suspensas quedaron las dos, al ver una caja, cuyo contenido desconocían lo que pudiera ser. Dieron cuenta del hallazgo á la gente del pueblo y luego una multitud inmensa acudió al lugar del suceso, ávida de ver con sus propios ojos lo que había dentro de ella.

Abrieron la caja con la prisa que es de suponer, y ¡cuál no sería la sorpresa de aquella gente al ver que dentro de ella venía una hermosa imagen del Santo Cristo! A la vista del caso, suscitóse una ágría disputa sobre la propiedad y posesión del Cristo, alegando los de Pasajes

que á ellos les pertenecía por haber sido hallado en terreno de aquel pueblo, y así mismo los de Lezo les disputaban su posesión, diciendo que lo fué en parte suya.

No atendieron los de Pasajes las razones de los vecinos de Lezo, y una noche cuando más descuidados se hallaban éstos, varios hombres, al parecer briosos y nada meticulosos, cargaron con la imágen y amparados de la oscuridad de la noche, la llevaron á Pasajes. Hay quien dice que tan pesada se les hizo la carga, que varias veces hubieron de renunciar al intento de llevarlo á Pasajes, pero este punto no está del todo averiguado. Mas para nada les sirvió esta treta. La efigie apareció la mañana siguiente en el lugar donde había sido hallada por las dos hermanas.

Atribuyeron los de Pasajes este cambio á las mañas y manejos de los de Lezo y firmes en su propósito de llevarlo á su pueblo, volvieron hasta dos veces más á trasladarlo. Mas en vano; las tres veces la imágen volvió al lugar primero, dando á entender por aquellos repetidos milagros que quería que fuese venerada en el lugar de Lezo, en el sitio donde hoy está emplazado el Santuario.

II

Hemos dicho lo que la tradición, con muy pequeñas variantes, refiere acerca del origen de la efigie del Santo Cristo. Pero, á fin de no pecar de sencillos y demasiado crédulos, hemos procurado buscar alguna razón de analogía y correspondencia entre lo que aquella cuenta y la historia escribe, y grato nos es consignar que no desautoriza la una los testimonios de la otra, antes los aprueba.

Preguntadas varias personas sobre la antigüedad que representa la obra de la imágen del Santo Cristo, nos han asegurado que es trabajo del siglo XVI. Supuesto esto ¿sería aventurado creer que dicha imágen fué una de tantas que la piedad de los fieles ingleses salvó de las iras del inicuo rey Enrique VIII que tanta guerra hizo al culto de las imágenes, y que depositada en una caja, fuera puesta en el mar, para que después milagrosamente se manifestara en las playas del Cantábrico?

A nosotros, que gracias á Dios, creemos en la intervención de la Divina Providencia en los sucesos y destinos humanos, nos parece esta explicación muy fundada y racional.

También pudiera dársele al hecho otra interpretación. Pudo ser

arrojado el Santo Cristo, á las aguas, por los mismos enemigos del culto de las imágenes, que saciaron de este modo su sed de venganza y de odio á todo lo que al culto católico se refería.

De todos modos, lo que aquí se discute es, el origen milagroso del Santo Cristo que en la basilica de Lezo se venera, y sean cualesquiera las explicaciones que se den, aquél punto aparece probado con perfecta certeza y claridad.

Tienen los bascongados muchísima devoción al Santísimo Cristo de Lezo. Todos los días del año, véñse acercar al Santuario centenares de personas que como obsequio á la imagen, encienden una vela de cera ante ella. Sobre todo los marineros de la costa cantábrica sienten una predilección especial por el Santo Cristo y no es raro ver á algunos caminar con los piés descalzos, cumpliendo una promesa hecha en momento de angustia.

Como dato que pone al descubierto la devoción que en todo tiempo se ha tenido á dicha efigie, baste consignar que en el siglo pasado, sin ir más lejos, saludábanla los navíos de la armada, al pasar por su altura, con 21 cañonazos.

Aunque en el día no se guarda tan plausible costumbre, no por eso hemos de decir que la devoción se haya enfriado. Habrá podido entibiarse en las esferas oficiales, pero en el corazón del creyente, arde hoy la llama del amor con más fuerza, si cabe, que en otros tiempos.

Guipúzcoa ha visitado este santuario el domingo 14 del corriente. Y digo Guipúzcoa, porque rayó el entusiasmo tan alto, que se contaron por millares los peregrinos que se arrodillaron ante el milagroso Santo Cristo.

Allá les recibió el pueblo con cariño de hermano y allí les esperaba el Santísimo Cristo con el corazón abierto á todas las esperanzas.

IGNACIO BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

